

Seix Barral Biblioteca Formentor



Bill Clegg

¿Has tenido familia
alguna vez?





Seix Barral Biblioteca Formentor

Bill Clegg
¿Has tenido familia
alguna vez?

Traducción del inglés por
Daniel Gascón

Título original: *Did you ever have a family*

© Bill Clegg, 2015

© por la traducción, Daniel Gascón, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: abril de 2016

ISBN: 978-84-322-1411-0

Depósito legal: B. 5.368-2016

Composición: Àtona - Víctor Iguar, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SILAS

Lo despierta el sonido de las sirenas. Muchas, ruidosas y muy cerca. Luego pitidos: gruñidos breves y airados como los timbres que marcan los tiempos muertos en los partidos que ve pero que no juega en el instituto. Según su móvil son las 6.11, pero la casa está despierta en el piso de abajo y hace ruido y por el tono particular de la áspera voz matinal de su madre, que se alza sobre la de su padre y la de sus hermanas, sabe que algo va mal.

Antes de apartar las sábanas, Silas coge su mochila amarilla de debajo de la cama. Saca el pequeño bong rojo que su amigo Ethan le regaló el mes pasado por su quince cumpleaños, junto a una bolsa de maría que se fumó en menos de una semana, casi toda mientras arrancaba malas hierbas de parterres y patios de ricos de Nueva York. Elige un capullo verde del táper pequeño y gris en el que guarda el alijo, lo divide en dos mitades con cuidado y mete la porción mayor en el cuenco metálico. Coge la botella de agua medio llena que hay sobre la mesilla y echa unos dedos en el bong antes de encenderlo. Mientras inhala, observa el humo que se riza hacia su boca, se espesa en el tubo rojo y ondula, lentamente, como una hoja que se

voltea debajo del agua. Una vez que el capullo está prácticamente convertido en ceniza, saca el quemador y suelta el humo hacia sus pulmones. El agua burbujea en la base del bong, y él se esfuerza en inhalar con suavidad para minimizar el ruido. Abre la ventana, aparta la mosquitera y se asoma, exhalando en una espiración plena y despreocupada.

Mira cómo el humo flota ante él, cómo atrapa el viento y desaparece. Nota el aire frío en la cara y el cuello y espera que la maría haga efecto. El cielo es rosa y de un azul pálido, y sigue la larga estela de un avión que desaparece sobre la línea del tejado del garaje. Los bordes son suaves y borrosos, así que piensa que el avión debió de volar hace horas, antes de que fuera de día. ¿Hacia dónde?, se pregunta mientras la droga empieza a afectar a sus ideas.

Cuatro cuervos gordos se posan torpemente en el césped. Los ve saltar y caminar y plegar las alas en sus cuerpos de pecho ancho. Tienen el tamaño de un gato, piensa mientras sigue sus movimientos rápidos y mecánicos. Al cabo de un rato y sin motivo aparente se detienen y se quedan totalmente quietos. No les ve los ojos, pero siente que lo están mirando. Él también los mira. Mueven la cabeza de un lado a otro como si intentasen entender lo que ven. El viento alborota sus plumas desde atrás, y tras unos saltos emprenden el vuelo. En el aire, parecen todavía más grandes, y por primera vez se pregunta si podrían ser halcones o buitres. Luego, como si les hubieran devuelto el sonido, pájaros de todas clases graznan, pían y trinan desde todas las direcciones. Sobresaltado, Silas se golpea la parte posterior de la cabeza contra lo alto de la ventana. Se frota la zona y se inclina hacia fuera. Otra sirena, distinta de las demás —más aguda, más angustiada— suena a lo le-

jos. Intenta localizar los cuervos que han desaparecido en el intrincado cielo de la mañana. Lo que encuentra en su lugar son formas familiares en los rayos y las nubes: un montañoso par de pechos que se hinchan, gafas de sol de ojos de gato, un pájaro fiero con alas enormes. Luego ve lo que no parece sino lo que es: humo, negro y espeso, que se eleva desde detrás de la línea del tejado. Al principio piensa que su casa está ardiendo, pero, cuando se asoma y mira hacia atrás, ve que el humo llega desde los árboles del otro lado de la propiedad. Luego lo huele: el aceitoso olor de un fuego que quema algo más que madera. También lo puede saborear y, mientras inhala, se mezcla con el humo de la maría que sigue en su lengua y en su garganta. Los pájaros hacen más ruido. Graznan y gritan algo que parecen palabras. ¡Vete! ¡Tú! ¡Vete!, piensa que oye, pero sabe que es imposible. Abre y cierra los ojos, intenta procesar cada cosa: el humo, el olor, los pájaros, las sirenas, el cielo magnífico. ¿Está soñando? ¿Es una pesadilla? ¿Es la maría? Se la dio Tess en el puesto que hay en la carretera, y lo que vende suele ser suave, no como los capullos potentes que él y sus amigos van a buscar a Yonkers, a una hora y media de distancia. Le gustaría que fuese una pesadilla o una alucinación, pero sabe que está despierto y que lo que ve es real.

En la línea de árboles del otro lado de la casa, el humo se hincha en el cielo como la humareda de una chimenea de dibujos animados. Se ensancha y se estrecha, se ensancha y se estrecha. Luego una nube terrible, más grande que las demás, crece desde la misma fuente invisible. Es densa, negra como el carbón y levemente plateada en los bordes. Mientras se alza, se extiende en un gris verdoso y luego se disuelve en una voluta larga y retorcida que señala en el cielo como el peor de los dedos.

Silas se aparta de la ventana. Todavía con los pantalones cortos y la camiseta de la noche anterior, se pone sus viejas zapatillas de correr New Balance, grises y blancas, las que lleva cuando hace trabajos de jardinería o amontona leña con su padre. Se mira en el espejo que hay encima de la cómoda y ve que tiene los ojos algo enrojecidos, un poco hinchados, y las pupilas dilatadas. Su pelo de color rubio oscuro, que lleva días sin lavar, está despeinado y aceitoso, pegado a su cabeza en unas zonas y levantado en otras. Se pasa el desodorante por las axilas y se pone su gorro negro de esquí Mohawk Mountain. Bebe de un trago el agua que queda en la botella junto a la cama y se mete unos trozos de chicle Big Red en la boca. Coge la mochila amarilla y guarda dentro el bong, el mechero y el pequeño táper. Se frota los ojos con los puños, respira hondo, exhala y camina hacia la puerta del dormitorio.

Roza el pomo con el pulgar y el índice, y recuerda la noche anterior, dónde estaba y lo que ocurrió. Da un paso atrás, recuerda todo lo que hizo antes de irse a dormir, vuelve a repasarlo todo una y otra vez, para asegurarse de que no está recordando un sueño. Considera y luego descarta la posibilidad de fumarse otro bong antes de salir de la habitación. Está tranquilo y habla consigo mismo en un susurro. *Estoy bien. Todo va bien. No ha pasado nada.*

Abajo, el iPhone de su madre suena inocentemente, con el tono de un teléfono viejo. Lo coge al tercer timbrazo y la casa queda en silencio. Los únicos ruidos son las infatigables sirenas, los cláxones que rugen y el zumbido distante de las hélices de los helicópteros que chocan contra el viento. Desde la cocina, su padre grita su nombre. Silas se aparta de la puerta.

JUNE

Se irá. Se montará en su Subaru y bajará por esas carreteras de campo tortuosas y llenas de baches hasta que encuentre una autopista, irá hacia el oeste, irá muy lejos. Irá lo más lejos que pueda ir sin pasaporte, puesto que el que tenía ya no existe. Su carné de conducir, junto con todo lo demás que había en la casa, también ha desaparecido, pero imagina que no lo necesitará a menos que la paren por exceso de velocidad. No había pensado marcharse precisamente esta mañana, pero, después de levantarse, ducharse y ponerse lentamente los vaqueros y el jersey de algodón de rayas azules y blancas con escote barco que lleva desde hace semanas, sabe que es el momento.

Lava y seca la taza de cerámica desportillada, y una vieja cuchara de plata que utiliza desde que llegó a esta casa prestada; nota el peso de cada objeto que deja con cuidado en el armario o el cajón. No hay nada que recoger, nada que organizar o preparar. Lo único que tiene es la ropa que lleva puesta y la chaqueta de lino que llevaba hace dieciocho noches, cuando salió de la casa. Mientras mete lentamente los brazos en las mangas gastadas, in-

tenta recordar por qué se la puso. ¿Hacía frío en la cocina? ¿La sacó del perchero sobrecargado junto a la puerta del porche antes de salir al campo, con cuidado de no despertar a todo el mundo? No lo recuerda; y mientras empieza a repasar los acontecimientos de esa noche y la mañana siguiente, examinando cada paso con atención forense, se obliga a parar.

Que tenga la tarjeta de crédito y las llaves del coche es cuestión de suerte —estaban en los bolsillos de la chaqueta—, pero no se considera afortunada. Nadie lo hace. Aun así, estos polizones de su vieja vida ahora le permiten abandonar la ciudad, que es lo único que quiere. No es inquietud, o un deseo de estar en otro lugar, sino el reconocimiento directo de que su tiempo en este lugar ha terminado. *Vale*, exhala, como si cediera en un debate largo y sin ganadores. Mira por la ventana de la cocina los lirios de día naranjas y rojos que florecen detrás de esta casa que no es suya. Aprieta las manos contra el borde del fregadero, y en el sótano la secadora que ha llenado hace una hora con sábanas húmedas señala que ha cumplido su tarea con un quejido largo y áspero. La porcelana está fría bajo sus manos. La casa sin sonido está llena de nada, de nadie. Un dolor fundido regresa, se revuelve en su pecho, raspa lentamente. Fuera, los lirios de día se agitan en el viento de la mañana.

No ha llorado. Ni aquel día, ni en el funeral, ni después. Ha hablado poco, ha contado con escasas palabras cuando las necesitaba, y sólo se ve capaz de asentir, negar con la cabeza y alejar a los preocupados y a los curiosos con un gesto, como si fueran mosquitos merodeadores. El jefe de bomberos y el agente de policía respondían más preguntas de las que hacían: la vieja cocina, el gas que goteaba por la noche llenó, como si fuera un líquido,

el primer piso de la casa, un destello que muy probablemente venía de un interruptor eléctrico o un mechero, aunque no se había encontrado ninguno, la explosión, un fuego instantáneo que lo había consumido todo. No le preguntaron por qué era la única que estaba fuera de la casa a las cinco cuarenta y cinco de la mañana. Pero cuando el agente preguntó si su novio, Luke, tenía alguna razón para querer hacerle daño a ella o a su familia, se puso de pie y salió del vestíbulo de la iglesia, donde se había improvisado un centro de atención de crisis. La iglesia en la que su hija, Lolly, se habría casado ese día; al otro lado de la carretera y a pocos pasos de la casa. Los invitados se presentaron poco antes de la una, esperando una boda, y en cambio encontraron un aparcamiento lleno de coches de policía, ambulancias, camiones de bomberos y furgonetas de periodistas. Recuerda que salió de la iglesia y se dirigió hacia su amiga Liz, que esperaba en el coche. Recuerda que dejó de hablar y que la gente caminaba despacio y se apartaba de su camino. Oyó que alguien decía su nombre —con un tono tímido, inseguro—, pero no se detuvo ni se dio la vuelta para responder. Era, tuvo la aguda sensación mientras llegaba al extremo más alejado del aparcamiento, una intocable. No por desprecio o miedo, sino por la obscenidad de la pérdida. Era inconsolable, y la abrumadora completitud —todo el mundo desaparecido— silenciaba incluso a los más acostumbrados a la calamidad. Notaba que todas las miradas se clavaban en ella mientras abría la puerta del coche para entrar. Recuerda que vio con el rabillo del ojo a una mujer que iba hacia ella, levantando la mano. Sentada, veía con claridad a través de la ventanilla del coche a la madre de Luke, Lydia: pechugona, con una blusa brillante y la melena castaña y suelta. Era la segunda vez que la había visto

aquel día, y, como antes, a pesar de que sentía un poderoso impulso de ir hacia ella, no había manera de enfrentarse a esa mujer. *Vámonos* fue lo único que le pudo decir a Liz, que estaba sentada en el asiento del conductor fascinada y muda como todo el mundo en el aparcamiento.

La policía no volvió a interrogarla sobre lo que había pasado aquella noche y la mañana siguiente. Los amigos dejaron de hacerle las mismas preguntas fáciles —si estaba bien, si necesitaba algo— cuando dejó de responder. Una sonrisa leve, una mirada vacía y un gesto huidizo desanimaban incluso a los más persistentes. Una presentadora de televisión era especialmente invasiva. *La gente quiere saber cómo sobrevives*, le dijo delante de la funeraria la mujer, que salía en televisión desde los años setenta pero no tenía una arruga o línea en el rostro. *No sobrevivió nadie*, dijo a modo de respuesta, y luego añadió, en voz baja: *Basta*, y la mujer se calló. Al final, todos los que habían ido a la ciudad por la boda de Lolly se marcharon, las preguntas terminaron y ella estaba, a los cincuenta y dos años y por primera vez en su vida, sola. A lo largo de esa primera semana y después se negó a gemir, desmoronarse o empezar en modo alguno un proceso que la llevaría más cerca de unirse a un mundo nuevo y ahora vacío, o, como sugería alguien en una bienintencionada pero anónima corona que acompañaba uno de los cientos de ornamentos funerarios, *volver a empezar*.

Se abrocha la chaqueta y empieza a asegurar y cerrar las ventanas de la pequeña casa de campo que le ha prestado una pintora a la que representó. *Todo el tiempo que necesites*, dijo Maxine aquel día al teléfono de Liz, *es tu casa*. Maxine estaba en Minneapolis cuando sucedió todo. June no sabía cómo se enteró tan deprisa y cómo sabía qué hacía falta. Hay gente, decidió, que aparece por

arte de magia en esos momentos horribles, sabiendo perfectamente qué hacer y qué espacios llenar. La casa de campo se encontraba al otro lado de Wells, la misma pequeña ciudad del condado de Litchfield, Connecticut, donde había estado su casa, donde había ido los fines de semana durante diecinueve años y había vivido a tiempo completo los últimos tres. La casa pequeña y polvorienta de Maxine está lo bastante lejos y es lo suficientemente poco familiar como para que estas semanas resulten soportables. Que cualquier cosa pudiera ser soportable era una vergonzosa revelación minuto a minuto. ¿Cómo estoy aquí? ¿Por qué? Se permite esas preguntas, pero mantiene las demás a distancia. Es más seguro plantearse aquellas para las que no tiene respuesta.

Ha rechazado que la ingresen en el hospital de la ciudad y se ha negado a tomar cualquiera de los sedantes o estabilizadores anímicos que la poca gente que hay a su lado le ha pedido que acceda a que le prescriba un médico. No hay nada que estabilizar, piensa. Nada por lo que estar estable. En la casa de campo ha dormido hasta después del mediodía y luego ha ido de la cama a la silla y de la mesa de la cocina al sofá y al final a la cama otra vez. Ha ocupado espacio, tolerado cada minuto hasta que llegara el siguiente, y luego el próximo.

Apaga la luz de la cocina, cierra la puerta delantera y deja la llave en la maceta de geranios colocada arbitrariamente hacia el final de la escalera de la entrada. Camina desde la casa hasta su coche a regañadientes, reconociendo que esos pasos pueden ser los últimos que dé en lo que le queda de vida aquí. Intenta escuchar los pájaros, y mientras lo hace, se pregunta qué espera oír. ¿Despedidas? ¿Maldiciones? Los pájaros lo ven todo, piensa y por ahora están callados. Bajo el alto dosel de árboles negros

como langostas que se extienden entre la casa de campo y el camino de entrada donde está aparcado su coche hay pocos sonidos salvo el leve murmullo de las cigarras, que hace unas semanas despertaron de su sueño de diecisiete años para emparejarse, llenar el mundo de su zumbido eléctrico y morir. Su repentina aparición había parecido un hermoso presagio la semana anterior a la boda de Lolly, cuando el lento ciclo de noticias de comienzos del verano apenas parecía hablar de otra cosa. Ahora su último suspiro parece tan adecuado como su llegada lo fue entonces.

June apresura sus últimos pasos y abre la puerta del conductor antes de cerrarla con fuerza tras ella. Toquetea las llaves, al principio incapaz de encontrar la correcta. Mira las cuatro que hay en el llavero como si todas la hubieran traicionado: una para el Subaru, otra para la puerta delantera de su casa, otra para el camión de Luke y una vieja que todavía tiene de la última casa que alquiló en el pueblo. Las saca todas del llavero (salvo la del Subaru) y las tira en el posavasos que hay junto al asiento. Gira la llave en el contacto, y mientras la máquina murmura despertando a la vida se da cuenta de nuevo de que está despierta y en el mundo, no tropezando en una pesadilla extraña. *Esto es el mundo*, se dice a sí misma con un asombro lúgubre, tocando débilmente el volante con los dedos.

Saca el Subaru negro del camino de la entrada, quita la marcha atrás y avanza despacio por la estrecha pista de tierra hasta llegar a la Ruta 4. Llena el depósito en una gasolinera de Cornwall y conduce hacia el sur hasta enlazar con la Ruta 7, con sus pendientes y sus curvas y sus escarpados declives cubiertos de hierba. En un tramo sin tráfico coge las tres llaves del posavasos, abre la ventana del asiento del copiloto y con un movimiento rápido las tira. Cierra la ventana, pisa con fuerza el acelerador y pasa

junto a dos cervatillos manchados que corretean a unos metros de su madre. Cada vez que conduce entre Connecticut y Manhattan, docenas de ciervos pastan junto a este tramo de la carretera, indiferentes a los coches que circulan veloces a escasos metros. ¿Cuántas veces se ha metido uno en medio del tráfico, piensa, imaginando los peligros esquivados por poco: los que ella ha vivido e incontables otros a los que todos los que han recorrido esta carretera han sobrevivido, dando gracias a Dios y respirando hondo mientras se alejaban hacia la seguridad? Piensa en los desdichados que no lo lograron y en las asombrosas catástrofes que han debido de causar esas criaturas estúpidas y hermosas. Acelera, supera el límite de velocidad, noventa, cien, ciento diez... y mientras el vehículo tiembla, piensa en cuántas personas han muerto aquí, en sus cuerpos arrastrados en el metal retorcido, quemados hasta convertirse en objetos que ya no se parecen a seres humanos. Las palmas de las manos se le humedecen sobre el volante, y se las seca en los vaqueros. La fina chaqueta le aprieta demasiado, pero no quiere parar el coche para quitársela. Pasa junto a otro grupo de ciervos —una cierva y un macho joven con su cervatillo con patas como husos— y al hacerlo imagina el desastre: cristal roto, neumáticos humeantes, supervivientes identificando cadáveres. Su respiración es rápida y poco profunda, se asa dentro de la ropa. Al sur del pueblo de Kent llega a un trozo abierto de carretera, campos de maíz en filas prietas abanicando ambos lados. El monovolumen se acerca a los ciento veinte y el aire sueña en la ranura de las ventanillas. Imagina, con más detalle del que querría, un mar de la cinta amarilla de las escenas del crimen, coches de policía y luces de camión de bomberos, el brillo y el humo de los incendios en la carretera, ambulancias con médicos de urgencia al lado, sin hacer nada.

Se figura a los aturridos supervivientes, tropezando sin rumbo. Rodea a cada uno, están agitados por las preguntas. ¿Quién conducía? ¿Quién apartó la mirada en el peor momento? ¿Quién jugueteó con la radio en vez de prestar atención? ¿Quién se agachó para buscar un caramelo de menta en un bolso, o un mechero, y por hacerlo perdió a todos los que le importaban? ¿Cuántos, se pregunta, escaparon del desastre sin un moratón o un rasguño? Y de los que tuvieron suerte y sobrevivieron, ¿cuántos habían estado peleándose justo cuando se produjo el choque? ¿Quiénes estaban peleándose con alguien a quien amaban? Durante el tiempo suficiente como para soltar las palabras irrecuperables que sólo decían porque sabían que causarían más dolor. Palabras que cortaban con rapidez y profundidad, que infligieron un daño que sólo el tiempo podía reparar, pero ahora no había nada. *Esa gente*, murmura, a medio camino entre la maldición y el consuelo. Los ve agachados en la cuneta, doblados y solos.

El sudor le empapa la ropa y las manos le tiemblan sobre el volante. Un coche que va en la dirección contraria le hace luces y ella recuerda que una multa por exceso de velocidad terminaría con su huida. No tiene carné de identidad, tarjeta de la seguridad social o partida de nacimiento, que sería lo mínimo que necesitaría para conseguir un carné de conducir nuevo. Reduce la velocidad a ochenta y deja que la adelante una ranchera verde. ¿Su conductor habrá visto las luces? A juzgar por lo rápido que va, duda que lo haya hecho. Nunca prestamos atención a las cosas adecuadas, piensa, mientras observa cómo la ranchera desaparece detrás de la curva, hasta que es demasiado tarde.

Abre la ventanilla de su lado y el aire entra en el coche, refrescando su piel húmeda y moviendo la melena

rubia y plateada que lleva recogida en una corta coleta que no se ha lavado en semanas. A la derecha, el río Housatonic serpentea muy cerca junto a la impetuosa carretera, mientras el sol de mediodía brilla en sus corrientes perezosas. Se relaja, menos por la frescura del aire que por su turbulencia. Abre la ventanilla del copiloto y, consciente del caos añadido, abre las otras dos que hay detrás de ella. El viento se desata en el coche. Recuerda el viejo Telesketch de Lolly y lo que la enfadó que una amiga lo sacudiera y que el misterioso interior de arena borrara lo que ella había garabateado con cuidado. Recuerda los gritos de Lolly —penetrantes, salvajes, indignados— y cómo se negaba a que la tocara o consolase. Pasaría un año antes de que Lolly permitiera que esa amiga volviera a casa a jugar. Incluso de joven su hija guardaba rencor.

Mientras el aire áspero la limpia, June cierra los ojos e imagina el coche batido por el viento como un Telesketch que corre hacia delante. Oye el particular sonido de la arena agitada contra el plástico y el metal, y por un momento el truco funciona. Se le vacía la mente. Las calamidades imaginarias en la carretera y los culpables que se compadecen a sí mismos se esfuman. Incluso Lolly —llena de lágrimas y furiosa— desaparece.

June se echa atrás en su asiento y reduce la marcha hasta quedar justo por debajo del límite de velocidad. Pasa ante el puesto de una granja, una farmacia seminueva que está donde antes había un videoclub, kilómetros de muros de piedra que se desmoronan y una polvorienta casa blanca con el mismo cartel pintado de rosa delante, que está ahí desde que ella tiene memoria, CRISTAL, escrito con un azul pálido bajo letras negras que dicen VENTA DE GEMAS. Durante años, eran las cosas que veía cuando conducía, marcaban la distancia entre las dos vidas que

durante mucho tiempo habían pasado como una. Intenta convocar de nuevo el recuerdo del Telesketch: esta vez para borrar la memoria de todas las vertiginosas escapadas de la ciudad el viernes por la tarde y los regresos demasiado temprano el domingo por la noche, con Lolly en el asiento trasero, Adam delante, conduciendo excesivamente deprisa, como siempre, y June entre los dos, hablando de profesores y entrenadores de la escuela, de qué película iban a ver esa noche, qué iban a comer. Esos viajes en coche pasaron y eran la parte menos complicada de sus vidas. Recordarlo le roba el aliento, la sorprende con una añoranza por una época que casi nunca recuerda con afecto. Ojalá hubiera podido ser así de sencillo: los tres en un coche, volviendo hacia casa.

El río desaparece de su vista y reduce la velocidad a treinta mientras se acerca al tramo de ochocientos metros que todos los que recorren esta zona regularmente saben que es una trampa. Cruza desde Kent a New Milford y pasa ante el McDonald's que desde hace tiempo considera la frontera oficiosa entre el campo y los barrios residenciales. En el aparcamiento, unos niños aparecen desde las puertas abiertas de una furgoneta de color verde oscuro como payasos salidos del carromato de un circo y se colocan inquietos frente a una hilera de motocicletas modificadas que están aparcadas delante. Pasa un joven corriendo y un grueso perro labrador de color chocolate mantiene perfectamente el ritmo a su lado. Cruzan por delante de una vieja gasolinera, las ventanas selladas con tablas, vacía, sin surtidores. June recuerda haberse parado aquí dos veces, quizá tres, en los años que ha recorrido esta carretera, pero no recuerda cuándo cerró el negocio. Han brotado hierbajos en el pavimento resquebrajado del aparcamiento y ve que el labrador rodea un descuidado

ramillete de dientes de león y césped, sobre el que levanta la pata y mea. Su dueño corre pacientemente en el sitio, a unos metros de distancia.

El semáforo se pone rojo y ella reduce hasta detenerse detrás de otro monovolumen Subaru, de color verde oscuro, más nuevo, y lleno de lo que parecen adolescentes. Evita mirarlos y se centra en la matrícula azul de Connecticut y en las pegatinas del ferry de Nantucket que se despegan en la luna trasera. Una sirena señala el mediodía en un parque de bomberos cercano. Empieza lenta y suave, como un corno francés, y asciende poco a poco hasta alcanzar un gemido alto y amplio tan ruidoso y abrumador que se tapa los oídos con las delgadas mangas de lino de su chaqueta. Al final el semáforo se pone verde, y mientras ocurre ella cierra todas las ventanas. El conductor del autobús que tiene detrás toca el claxon —una vez, educadamente— y ella levanta el pie del freno hasta que el coche empieza a ir hacia delante.

La sirena muere. El aire dentro del coche vuelve a estar quieto. Pasa ante restaurantes y tiendas de ropa y supermercados frente a los que ha pasado durante décadas sin entrar nunca. Carteles de ABIERTO que cuelgan en escaparates, guirnaldas de banderas diminutas y multicolores que se rompen en el viento sobre un concesionario Cadillac. Por el espejo retrovisor ve cómo todo se hace más pequeño.